



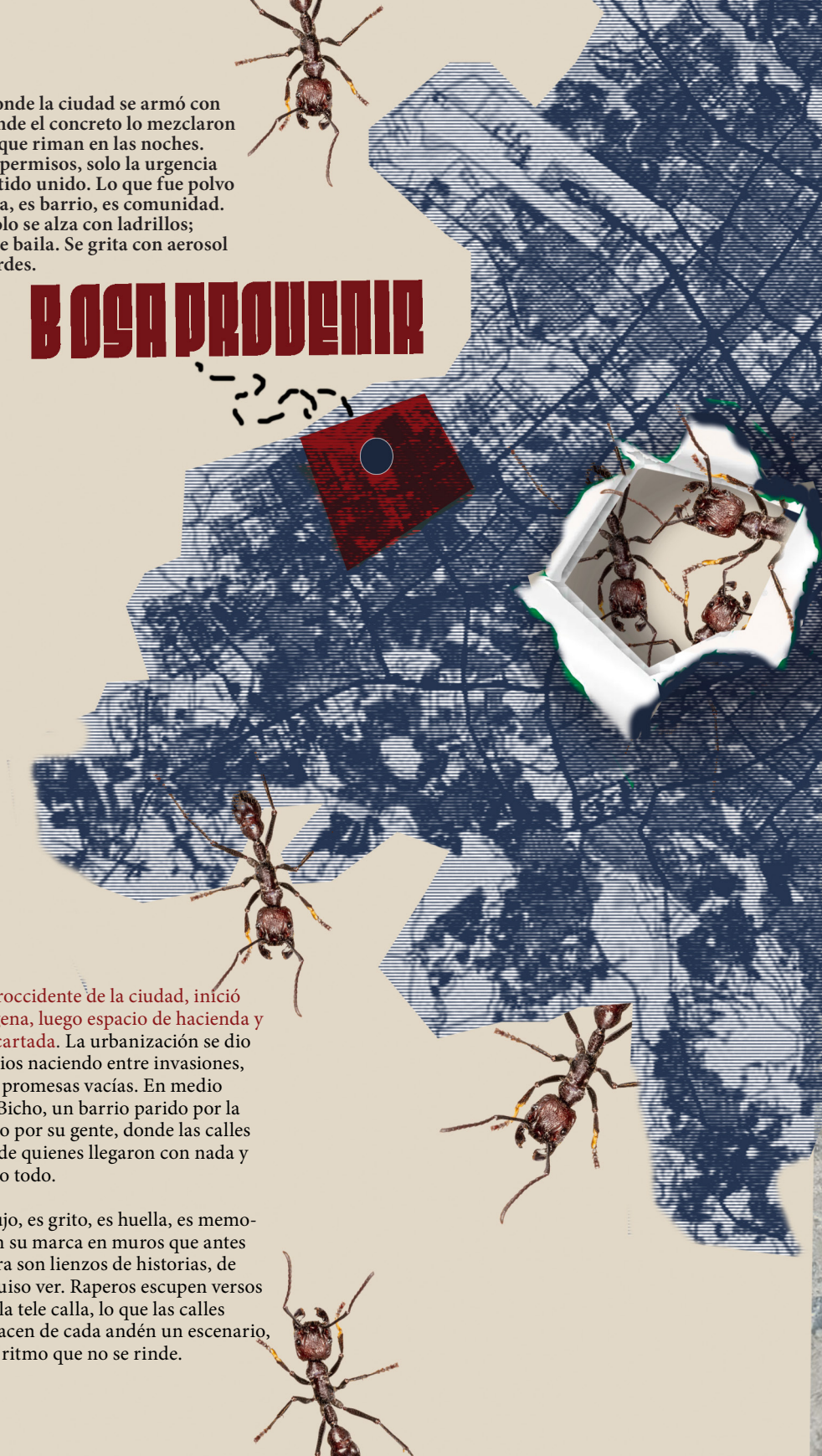
PLAGA
COMUNIDAD DEL BIENO

Esto es El Bicho, donde la ciudad se armó con
manos propias, donde el concreto lo mezclaron
las mismas manos que riman en las noches.
No hubo planos ni permisos, solo la urgencia
de un techo y un latido unido. Lo que fue polvo
y baldío, hoy es casa, es barrio, es comunidad.
Pero El Bicho no solo se alza con ladrillos;
se pinta, se canta, se baila. Se grita con aerosol
y se respira en acordes.

BOSA PROVENIA

Bosa, dentro del suroccidente de la ciudad, inició
como camino indígena, luego espacio de hacienda y
ahora periferia descartada. La urbanización se dio
a pedazos, con barrios naciendo entre invasiones,
autoconstrucción y promesas vacías. En medio
de eso, apareció El Bicho, un barrio parido por la
urgencia y levantado por su gente, donde las calles
cuentan la historia de quienes llegaron con nada y
pelearon por hacerlo todo.

Aquí el arte no es lujo, es grito, es huella, es memo-
ria. Grafiteros dejan su marca en muros que antes
fueron límites; ahora son lienzos de historias, de
rostros que nadie quiso ver. Raperos escupen versos
que cuentan lo que la tele calla, lo que las calles
lloran. Bailarines hacen de cada andén un escenario,
de cada esquina un ritmo que no se rinde.





Llegaron buscando hogar y terminaron construyendo identidad. Cada trazo en la pared, cada rima en el aire es prueba de que aquí hay vida, de que la ciudad no solo crece hacia arriba, sino desde adentro, con la rabia convertida en arte, con el amor vuelto resistencia.

Esto es El Bicho. No solo un barrio, sino un grito pintado en un pedazo olvidado de la ciudad. La revolución aquí no es un concepto bonito. Es una necesidad. *“Nuestra revolución es desde la organización popular, desde la organización estudiantil, desde la organización barrial, comunitaria”*. Sin organización, nos aplastan. Sin resistencia, nos desaparecen.

Aquí la cultura es trinchera.
Y nadie la va a dejar



COMO UNA PLACA

En El Bicho, el arte no es entretenimiento ni una distracción. Aquí, el freestyle es resistencia, es memoria y es rabia canalizada en rimas. Para Nico, es la manera de sostener en el aire los nombres de Camila y Cu, de no dejarlos desvanecerse en la inercia del olvido. En este barrio, recordar no es un acto pasivo, es un ejercicio de lucha.

Camila y Cu no fueron solo nombres para Nico, fueron maestros. Cu, un hermano mayor que le enseñó que la palabra dada se cumple, que el respeto se gana con acción. Camila, una mujer frontal, sin rodeos, que le enseñó el peso del cariño y la importancia de verse a uno mismo con honestidad. Esa herencia no se deja perder. Se lleva en el pecho, en la lengua, en el ritmo.

Nico no se engaña. Sabe que la palabra tiene filo, que puede destruir tanto como construir. “¿Qué sirven los poemas? ¿En qué sirve una canción? ¿En qué sirve un discurso?” Y la respuesta está ahí mismo, en la conmemoración de los que cayeron, en el freestyle que se alza contra la indiferencia. En este barrio las muertes no se lloran en silencio, se gritan en versos improvisados, se transforman en compromiso.

EL BICHO COMO CAMINAR



Pero el freestyle
no es solo memoria,
también es futu-
ro. Nico sueña con
un barrio donde la
cultura siga brotan-
do como ha brotado
siempre: con toda,
mientras él esté
relajado. Su lucha
no es solo por él, es
por la continuidad,
por la certeza de que
cuando él ya no esté,
la voz del barrio
siga sonando fuerte.



video musical "Bichos" Casi Nadie ft Lucha



Aquí no hay pausas ni
treguas. En El Bicho,
la palabra sigue
viva. Y mientras
haya alguien que la
escuche, Camila y Cu
seguirán de pie.

ИЗДАНИЕ



ИЗДАНИЕ



Quien levanta arte en El Bicho sabe que está peleando contra algo más grande, algo que se alimenta del miedo, de la costumbre, de la idea de que nada cambia. Sandinistas Juandinick la tiene clara: el arte en este barrio es para romper, para sacudir, para meter la mano en la llaga y hacer que duela. Solo desde ahí es que se despierta la gente.

Este territorio está marcado. Es el microtráfico, el negocio del vicio, el paramilitarismo disfrazado. Es la violencia que se recicla, que cambia de rostro, pero nunca de intención. Mantener a la gente dormida, atrapada, resignada. Y ahí es donde el arte interrumpe. Porque un parche de freestyle no es solo un grupo de pelaos rapeando, es una grieta en el sistema, es la prueba de que se puede pensar diferente,

de que hay otra forma de habitar el barrio.

Pero esto no es un cuento bonito. Nadie aquí se para en una tarima pensando que la música lo va a salvar todo. El cambio empieza en lo individual, en que cada uno se cuestione qué mierda está haciendo, en que deje de tratar a los demás como si nada importara. No hay revolución sin autocrítica. No hay comunidad sin responsabilidad.

Y, aun así, se sigue peleando. Se sigue apostando a que esto crezca, a que la cultura se tome más barrios, más localidades, más ciudades. No es un sueño ingenuo, es una necesidad. Porque si El Bicho se rinde, gana el que quiere que todo siga igual. Y eso no puede pasar.

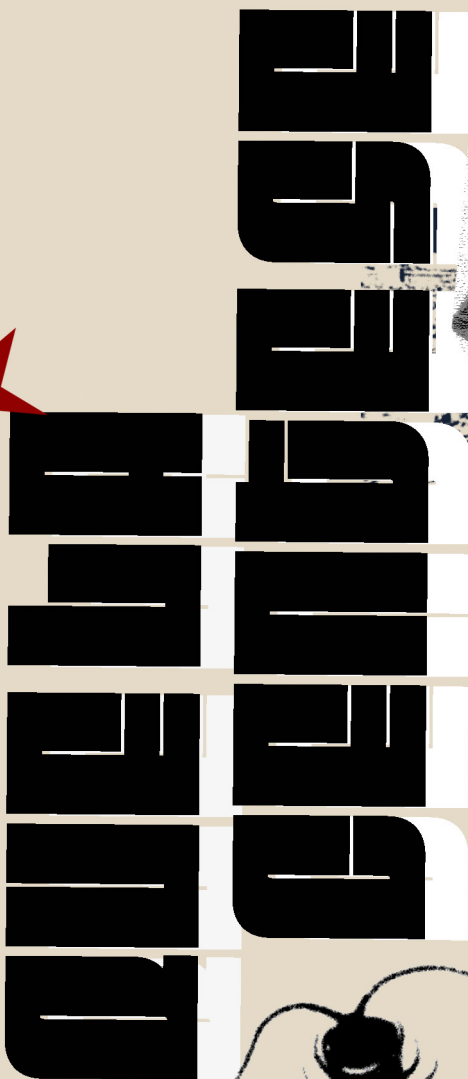
Pero decir que este es un espacio de resistencia no debería ser un acto automático, una etiqueta que se pone sin más. Hay que verlo en la práctica. Porque la resistencia real no es solo ocupar un espacio, no es solo pintar murales o hacer eventos. Es enfrentarse a las contradicciones que surgen dentro del mismo movimiento. ¿Cómo se construye comunidad en un territorio donde el miedo es cotidiano, donde la autogestión choca con un contexto atravesado por la violencia?

¿Hasta qué punto el arte logra incidir si sigue habiendo territorios que parecen condenados a repetir la misma historia de abandono y violencia? La lucha en El Bicho es una apuesta, pero una que constantemente enfrenta la pregunta de si es suficiente.





A El Bicho lo quisieron tachar. Lo quisieron reducir a un barrio más, a una estadística de pobreza, a un problema sin solución. Pero aquí la gente no espera. Se organiza. Si no lo hacen, nadie lo va a hacer por ellos. Y Ela es la voz de la organización: *“esto ha sido un tejido a partir del trabajo popular y barrial”*. No llegaron promesas del Estado, no hubo soluciones mágicas. Solo hubo gente harta de aguantar, que entendió que la única forma de tener un territorio digno era tomárselo.



No hay apoyo real. *“El Estado en el que vivimos es de carácter asistencialista y así mismo actúa”*. Migajas disfrazadas de inversión, programas que no cambian nada porque no están pensados para cambiar en nada. Transformar el barrio implicaría soltar el control, y eso no les conviene. Entonces, en lugar de abrir caminos, cierran puertas. En lugar de fortalecer la cultura, la minimizan. *“El arte no ha sido valorado tanto como para poder incidir en decisiones políticas”*. No lo toman en serio porque saben que, si lo hicieran, tendrían que enfrentar lo que el arte denuncia.





El Bicho no se espera, se hace. Con las ganas, con el cuerpo, con la palabra. Desde la educación, la música, la gestión comunitaria. Es la única forma de resistir ante la gentrificación que avanza, ante el abandono que se siente en cada esquina. *“Lo único que yo espero es que la gente se indigne, se agite y se organice”*. Porque si nadie se mueve, todo se lo lleva la inercia.

La revolución aquí no es un concepto bonito. Es una necesidad. *“Nuestra revolución es desde la organización popular, desde la organización estudiantil, desde la organización barrial, comunitaria”*. Sin organización, nos aplastan. Sin resistencia, nos desaparecen. Aquí la cultura es trinchera. Y nadie la va a dejar.

Y luego está la otra cara: ¿quiénes quedan fuera? En los márgenes de la lucha, también hay silencios incómodos. No todos tienen la misma voz dentro del movimiento, no todas las causas tienen el mismo peso. ¿Qué pasa con los pelados que no entran en los discursos del arte como herramienta de transformación? ¿Cómo se construye una revolución si todavía hay espacios donde algunos tienen que gritar más fuerte para ser escuchados? La lucha en El Bicho es real, pero también está llena de preguntas que no pueden ignorarse si se quiere que sea algo más que un símbolo.



DANGER

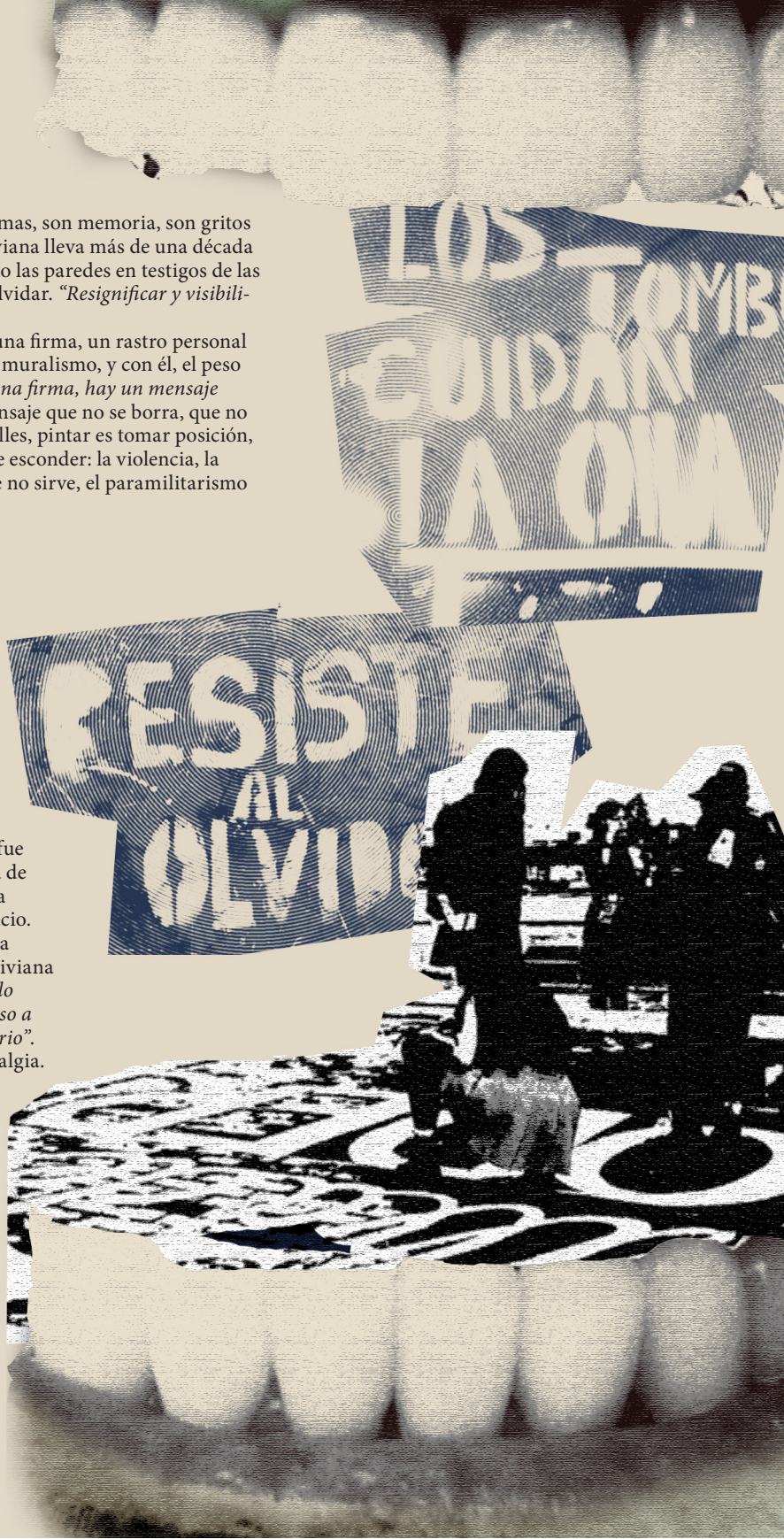
DANGER

DANGER

El grafiti y el muralismo son armas, son memoria, son gritos que no pueden ser callados. Viviana lleva más de una década pintando las calles, convirtiendo las paredes en testigos de las luchas que el barrio no puede olvidar. “Resignificar y visibilizar”, dice ella.

Al principio, el grafiti era solo una firma, un rastro personal en la ciudad. Pero luego vino el muralismo, y con él, el peso del mensaje. “*Más allá de solo una firma, hay un mensaje detrás*”, cuenta Viviana. Un mensaje que no se borra, que no puede ser ignorado. En estas calles, pintar es tomar posición, es señalar lo que el poder quiere esconder: la violencia, la miseria impuesta, la policía que no sirve, el paramilitarismo que acecha.

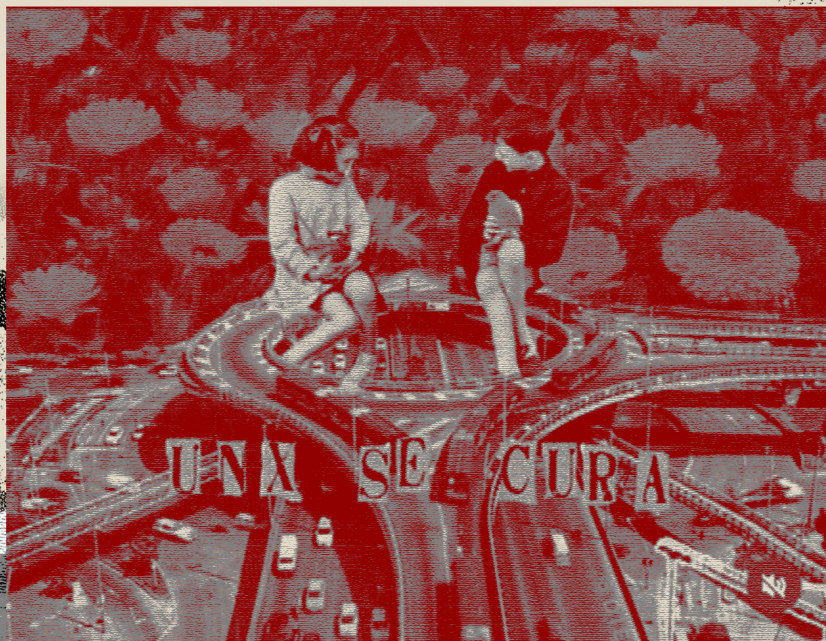
El arte aquí es una barricada. Y lo fue aún más cuando Cami, compañera de lucha, tomó la iniciativa de llevar la conmemoración del 8M a este espacio. Ella ya no está, pero dejó una huella imborrable, un compromiso que Viviana no piensa dejar morir. “*Voy a estarlo haciendo acá también, por darle peso a esa memoria que ella dejó en el barrio*”. La memoria en El Bicho no es nostalgia.



Es un deber. Es rabia organizada. Pero hacer arte aquí tiene su precio. No es solo la falta de apoyo estatal, es la seguridad, es la constante sensación de que hay que moverse con cuidado. *"No significa que uno tenga que dejar de hacerlo, pero sí creo que hay un punto en donde de pronto dar un paso atrás, como que se calmen las aguas y seguir dándole"*. No se trata de quemarse en un solo intento, sino de mantenerse en pie, de seguir pintando, de seguir sembrando revolución en cada trazo.

Aquí la resistencia se escribe en las paredes. Y mientras queden muros por intervenir, la lucha no se detiene.

Collage y Serigrafía por la artista Azul Ultramar,
propia de la comunidad del bicho





NOS QUITARON TANTO: HASTA EL MIEDO

FURIA ANIMAL

Esto es El Bicho, donde la ciudad se
armó con manos propias, donde el
concreto lo mezclaron las mismas
manos que riman en las noches.
No hubo planos ni permisos, solo
la urgencia de un techo y un latido
unido. Lo que fue polvo y baldío, hoy
es casa, es barrio, es comunidad. Pero
El Bicho no solo se alza con ladrillos;
se pinta, se canta, se baila. Se grita con
aerosol y se respira en acordes.

